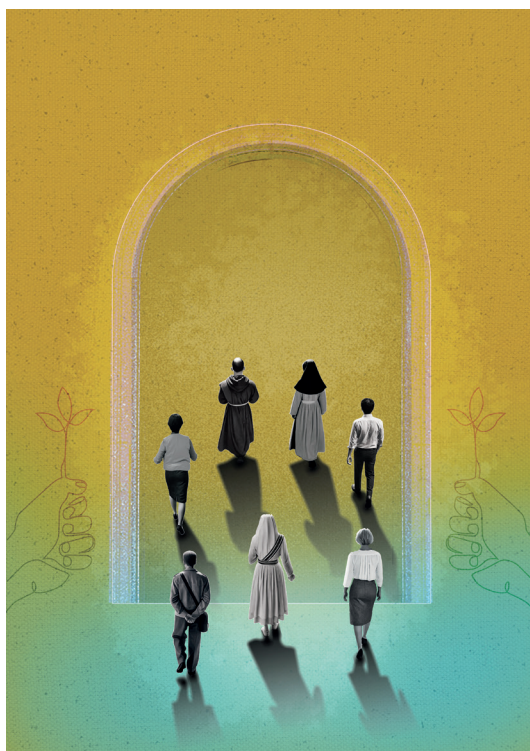




Peregrinos y sembradores de esperanza



Materiales para la
**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA**
2 de febrero de 2025

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

ÍNDICE

Presentación	3
Testimonios	9
Del Sínodo al jubileo. Un camino de renovación y esperanza	11
Una esperanza realista y transformadora	17
Caminamos juntos contagiando esperanza	21
«Peregrinos y sembradores de esperanza»	27
<i>Quam dilecta...</i> (Sal 83, Vulg.)	31
Para gustar y reflexionar	37
Oración del Jubileo 2025	49

PRESENTACIÓN

Peregrinos y sembradores de esperanza

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies de quien trae alegres noticias! (cf. Is 52,7). Con esta evocación profética podemos recibir el anuncio de la XXIX Jornada Mundial de la Vida Consagrada en el Año del Jubileo Ordinario, que sitúa a toda la Iglesia bajo el signo de la esperanza que no defrauda (cf. Rom 5,5) y nos llama a convertirnos en «peregrinos y sembradores de esperanza». Lo hacemos en continuidad con la Jornada de 2023, que glosamos «caminando en esperanza», porque los consagrados, como todos los bautizados, se reconocen ciudadanos de la ciudad celeste: hacia ella se dirigen y ella misma «es anticipada en su peregrinación»¹.

Esta XXIX edición actualiza, en el camino sinodal y del jubileo ordinario, el propósito de san Juan Pablo II cuando instituyó la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, de modo que la Iglesia valore cada vez más el testimonio de las personas consagradas y estas renueven cuanto debe inspirar su entrega al Señor². En consecuencia, queremos ayudar a descubrir, conocer y apreciar a las personas consagradas, que *buscan* configurarse con Cristo a través de su preciosa vocación y *esperan* cada día en el Señor, siendo figura e imagen de una peregrinación y una siembra cargadas de esperanza.

Como bien sabemos y hemos recordado en Jornadas de años anteriores, Simeón y Ana reflejan la vida consagrada de estos tiempos de un modo peculiar y constituyen modelos de «peregrinos y sembradores de esperanza». En la homilía de la eucaristía con motivo de la XXVIII Jornada Mundial de la Vida Consagrada de 2024, el papa Francisco comentó que nos hacía bien mirar la «paciencia en la espera» de estos entrañables ancianos, sus «corazones “jóvenes” velando» sin «rendirse al derrotismo ni jubilar la esperanza», capaces del

¹ BENEDICTO XVI, carta encíclica *Spe salvi* (30-11-2007) 4.

² Cf. SAN JUAN PABLO II, *Mensaje para la primera Jornada de la Vida Consagrada* (2-2-1997) 1.

asombro de acoger al Salvador «en la novedad de su venida»³. Los subrayados del santo padre describen la rica y generosa experiencia de muchas personas consagradas, al mismo tiempo que exhortan a todos los consagrados a la imitación humilde, sana y radiante de estas actitudes y virtudes.

Más adelante, en esta misma homilía, el papa recuerda lo importante que es la espera de Dios para las personas consagradas y, por tanto, lo sustancial que resulta evitar caer en el «sueño del espíritu», vivir adormecidas, «almacenar la esperanza en los rincones oscuros de la decepción y la resignación», de modo que no les afecte la parálisis de la acedia y la desesperanza. Sin duda, se trata de un horizonte valioso y necesario que deben descubrir o redescubrir los consagrados, «peregrinos y sembradores de esperanza» en medio del pueblo de Dios durante el jubileo ordinario de 2025.

¿Pero qué llevan hoy en el costal de la siembra las personas consagradas para esparcir simiente de esperanza mientras peregrinan hacia el reino de Dios que se anticipa en su camino? De entre muchas semillas, vamos a fijarnos en dos que anuncian la esperanza que está por llegar al tiempo que aligeran los pasos de los consagrados en su peregrinar cotidiano: la «misión profética» y las «relaciones nuevas».

Misión profética

Las simientes de misión profética que los consagrados van sembrando con su peregrinación albergan claros visos de una esperanza nueva. El papa Francisco, cuando convocó el Año de la Vida Consagrada, del que se cumplen diez años en 2025, habló a los consagrados de la esperanza en medio de un panorama de dificultades que siguen estando hoy presentes: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en Occidente, los problemas económicos, los desafíos de la internacionalidad y la globalización, el relativismo, la irrelevancia. Es precisamente ahí, entre todos estos aprietos, que no son exclusivos de la vida consagrada, donde el papa dice que «se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor». Más aún, el santo padre recuerda

³ Cf. FRANCISCO, Homilía en la fiesta de la Presentación del Señor (2-2-2024), XXVIII Jornada Mundial de la Vida Consagrada.

que la esperanza que se fundamenta en Dios no se basa en los números o en las obras⁴.

Por tanto, no hay que ceder a las tentaciones de la cantidad o la eficiencia, ni a las de confiar en las propias fuerzas o dejarse amedrentar por las debilidades. Una vez más, como hace el papa Francisco, hemos de recordar a Benedicto XVI cuando manifestó:

No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz —como exhorta san Pablo (cf. Rom 13,11-14)—, permaneciendo despiertos y vigilantes⁵.

Por consiguiente, las personas consagradas, fieles a su identidad profética, han de vivir despiertas, vigilantes, con actitud de centinelas que evitan todo adormilamiento y comodidad. El papa Francisco se dirige a los consagrados en los mismos términos en la carta apostólica con motivo del Año de la Vida Consagrada:

Espero que «despertéis al mundo», porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. Como dije a los superiores generales, «la radicalidad evangélica no es solo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético». Esta es la prioridad que ahora se nos pide: «Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra [...]. Un religioso nunca debe renunciar a la profecía» (29-11-2013)⁶.

Los consagrados, «peregrinos y sembradores de esperanza en misión profética», denuncian y han de seguir denunciando la injusticia, la falta de hospitalidad con el migrante, la aporofobia, la economía inhumana, la trata de personas, los atentados contra la creación... Los consagrados peregrinan y han de seguir peregrinando con los débiles, los indefensos, las víctimas, como Dios camina con ellos. Son y han de continuar siendo una voz profética coral que siembra con dedicación las semillas de la esperanza de un profetismo vivido y proclamado en fraternidad, no por su propia cuenta, sino contribuyendo a edificar una Iglesia sinodal misionera.

⁴ Cf. FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21-11-2014) I, 3.

⁵ BENEDICTO XVI, Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor (2-2-2013), XVII Jornada Mundial de la Vida Consagrada.

⁶ FRANCISCO, *ibid.*, 2.

Relaciones nuevas

Siempre ha de haber semillas de relaciones nuevas en el costal de los consagrados. Relaciones generadas y regeneradas en Jesucristo, que se convierten en testimonio discipular cuando las acogemos y promovemos, como señala el papa Francisco en *Evangelii gaudium*⁷. Estas relaciones nuevas son buenas semillas de esperanza, que tratan de alumbrar un nuevo mundo relacional en el que cada encuentro humano se vive como una celebración gozosa.

La vida consagrada puede responder alegremente al desafío que describe el papa en la exhortación apostólica porque en su seno y con otros debe ser capaz de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarse, encontrarse, tomarse en brazos, apoyarse, participar unos de la vida de los otros, haciendo realidad una verdadera experiencia de fraternidad que se percibe en medio del pueblo como una caravana solidaria, una santa peregrinación, impulsada por el convencimiento de que salir de sí mismo para unirse a otros hace siempre bien⁸.

Este camino, como dice el papa, es esperanzador y las relaciones nuevas que nacen del encuentro primordial con Jesucristo nos permiten crecer en esperanza a través de nuestra humanidad compartida. Así lo recuerda la bula de convocación del jubileo ordinario 2025 cuando afirma que mirar el futuro con esperanza equivale a tener una visión de la vida con entusiasmo para compartir con el otro⁹. Esta mirada supera la tentación de encerrarse en la «privacidad cómoda» o en el grupo reducido de quienes coinciden en casi todo, según en qué momento de conveniencia, algo propio de un modo de deambular por el mundo que no es una verdadera peregrinación ni siembra una esperanza firme.

La vida consagrada es inseparable de la oblación fecunda en todos sus ámbitos. Las personas consagradas han de vivir la entrega generosa en las relaciones fraternas entre sí, con los pastores, con los laicos,

⁷ Cf. FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24-11-2013) 87-92.

⁸ Cf. FRANCISCO, *ibid.*, 87.

⁹ Cf. FRANCISCO, *Spes non confundit*. Bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 9.

con los miembros de sus familias carismáticas y con quienes son destinatarios de su misión, especialmente los más débiles. Una oblación, por tanto, que se manifiesta en un compromiso relacional colmado de vida que se aprende de Cristo en su relación con el Padre, con el Espíritu Santo y con cada persona que encuentra en los caminos de Galilea, Samaria y Judea.

Con este horizonte como meta, las personas consagradas están llamadas a peregrinar haciendo un proceso de conversión que les permita cambiar lo que sea preciso en el ámbito de las relaciones, que es amplio y diverso. Así, por ejemplo, los consagrados han de aspirar a un modo evangélico de afrontar las relaciones que se dan entre varones y mujeres, de modo que se respeten su igual dignidad y reciprocidad, tal como señala el *Documento final* del Sínodo sobre la Sinodalidad en su número 52. Igualmente, han de empeñarse en establecer relaciones que reparen integralmente a las víctimas de abusos y ofrezcan ayuda a los victimarios, siempre con el cuidado de no causar daño nuevamente a ninguna víctima.

En el ámbito global de las relaciones, desde hace décadas se viene dando la realidad de la multiculturalidad que nos exige aprender a peregrinar en clave «intercultural» en el mundo, en la Iglesia y en la vida consagrada. Teniendo presentes las dificultades que esto encierra, sembrar relaciones interculturales nuevas en una vida fraterna de comunidad multicultural constituye en sí mismo una siembra esperanzadora.

En suma, las personas consagradas no deben cansarse de sembrar relaciones nuevas, y menos aún de esparcir semillas de novedad en las relaciones que precisan del impulso que solo puede dar el amor de Cristo y la reconciliación con el Padre y con los hermanos. Es la congruencia de un modo de ser y obrar, personal, comunitario y sinodal, que conforma un proyecto de vida de «peregrinos y sembradores de esperanza» en medio de las noches de una humanidad sedienta de la justicia, paz y abundancia que Jesucristo ha venido a instaurar.

Siguiendo la glosa de Hebreos que hace el papa Francisco en el último número de la bula *Spes non confundit*¹⁰, para ser «peregrinos

¹⁰ Cf. FRANCISCO, *ibid.*, 25.

y sembradores de esperanza», los consagrados acuden al Señor y se sienten «anclados en la esperanza»; poderosamente estimulados a aferrarse, con toda la Iglesia, al «ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús» (Heb 6,18-20).

XXIX Jornada de la Vida Consagrada 2 de febrero de 2025,
año jubilar.

SRES. OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL
PARA LA VIDA CONSGRADA

TESTIMONIOS

«La vida consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética»

FRANCISCO – XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS,
Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión.
Documento final (DF) (Vaticano, 26-10-2024) 65

«Cielos nuevos y tierra nueva, ¿cuándo los tendremos?
Nuestra conversión a Dios y la de Dios a nosotros
¿producirán el cambio?
Los días del Señor vendrán tras nuestra espera.
El cielo y la tierra serán renovados, esto es bien seguro».

San Juan XXIII, *Apunte*.

Del Sínodo al jubileo. Un camino de renovación y esperanza

Debemos recuperar la capacidad de soñar. El papa Francisco ha sido muy claro al respecto: «Nos hace bien recibir el sueño de nuestros mayores para poder profetizar hoy y volver a encontrarnos con lo que un día encendió nuestro corazón. Sueño y profecía juntos. Memoria de cómo soñaron nuestros ancianos, nuestros padres y madres y coraje para llevar adelante, proféticamente, ese sueño. Esta actitud nos hará a los consagrados fecundos»¹. Frente al peligro del pesimismo, la tentación de la rutina y las opciones de retaguardia, la vida consagrada se abre hoy a la esperanza fundamentada en la fuerza del Espíritu, que nos une a Cristo y a la Iglesia en este momento de la historia. Solo así resulta posible el entusiasmo vocacional, el testimonio dinámico y creativo y las opciones de vanguardia. Solo así somos creíbles. Por eso, «la consagración será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia» (LG 44).

Vivir nuestras raíces no significa reducirnos a lo de siempre, ni a repetirlo cansinamente del mismo modo, dejándonos llevar por las seguridades materiales o estructurales y los horizontes limitados. La fidelidad nos lleva a pensar en grande, a abrirnos a la novedad y al cambio, a la fuerza del Espíritu, que un día nos hizo salir de nuestra tierra y parentela para llevarnos a otra realidad (cf. Gen 12,1), y así vivir y testimoniar en la vida cotidiana lo que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que

¹ FRANCISCO, Homilía con motivo de la XXI Jornada Mundial de la Vida Consagrada (2-2-2017).

lo aman» (1 Cor 2,9). El Señor nos da todo, pero nos pide todo: no solo dar, sino darnos sin tener otra seguridad más que Él. Aquí está la clave. No somos meros administradores, ni ejecutivos de una empresa, somos profetas de un tiempo nuevo, guiados por los criterios del Evangelio, que hemos asumido y hecho vida.

El *Documento final* del Sínodo recuerda que «la vida consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética»². Necesitamos profetas, es decir, hombres y mujeres de esperanza, siempre directos y nunca débiles³, en los que sea reconocible su pasión por la verdad, su unión íntima con Dios y su disponibilidad para entregar la propia vida⁴. La sinodalidad es un proceso de escucha y discernimiento orientado a la participación en la misión de la Iglesia desde la comunión con Cristo. Porque el encuentro con el Resucitado «implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad»⁵. Todo esto debe estar presente en la vida consagrada, experta en sinodalidad práctica. En ella tenemos tres elementos que valorar, desarrollar y compartir:

- *La escucha al Espíritu Santo*. Solo así podremos abrir procesos de discernimiento en una constante renovación y actualización del carisma, profundizando en él y buscando el modo de vivirlo en radicalidad, según las particulares circunstancias de tiempo, lugar y cultura. Tan peligroso es diluir el carisma, dejando que pierda su fuerza, su ir contracorriente, su capacidad de cuestionar y sacudir las conciencias, como la tentación de fosilizarlo y convertirlo en una referencia falsamente espiritualista, normativa, conceptual y formalista, sin tocar la realidad concreta en la que se desarrolla. El Verbo se hace carne, el Evangelio entra en la historia. Una de las líneas de trabajo en el Sínodo ha sido la de articular unidad y pluralidad, favoreciendo la valoración de los contextos⁶.
- *La fraternidad apostólica*. El Sínodo ha retomado la imagen de Iglesia como Familia de Dios, asociada al deseo de una Iglesia cer-

² FRANCISCO – XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión. Documento final* (DF) (Vaticano, 26-10-2024) 65.

³ FRANCISCO, *Misa en la Domus Sanctae Marthae* (17-4-2018).

⁴ Sobre estas tres características del profeta, cf. SAN JUAN PABLO II, exhortación postsinodal *Vita consecrata* (25-3-1996) 84-85.

⁵ *Documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (7-9-2021) 114.

⁶ Cf. DF 26.39-40.53.

cana y relacional, que sea hogar⁷. En un mundo individualista y fracturado, donde crece la polarización y la agresividad, también dentro de la Iglesia, la vida consagrada debe ofrecer un testimonio vivo de comunión cristiana. Tener una sola alma y un solo corazón (cf. Hch 4,32) se presenta como reto y tarea para toda comunidad que celebra la eucaristía. Desde esta unidad en el amor, la integración de la diversidad cultural en la vida consagrada constituye una profecía para la Iglesia y el mundo⁸. Esto nos lleva también al intercambio de dones y a la imprescindible colaboración intercongregacional. Además, el Sínodo hace referencia concreta a dos importantes realidades, que pueden ser de gran ayuda y fuente de inspiración en la Iglesia: las instituciones y procedimientos consolidados (capítulos, visitas canónicas, etc.) y la arraigada cultura de transparencia, rendición de cuentas y evaluación⁹.

- *El servicio a la Iglesia*. La sinodalidad se refiere al *estilo* peculiar que califica la vida y la misión de la Iglesia expresando su naturaleza como el caminar juntos para anunciar el Evangelio¹⁰. La misión *ad gentes* es, podemos decir, el objetivo de la sinodalidad y «permite al pueblo de Dios anunciar y testimoniar auténtica y eficazmente el Evangelio»¹¹. La vida consagrada es profundamente misionera, no se cierra en sus propias seguridades, sino que se abre al servicio de la Iglesia y siente con ella. Aquí se integran tanto la dimensión orante, que nunca puede ser un ejercicio autorreferencial, como la actividad apostólica, que no es una mera ocupación ni tiene un objetivo exclusivamente asistencial. La vida consagrada, además, debe integrarse en la vida diocesana para enriquecerla con la peculiaridad de su carisma¹². En este sentido el Sínodo reconoce la capacidad que tiene la vida consagrada «de arraigarse en el territorio y, al mismo tiempo, de conectar lugares y ámbitos diversos, incluso a nivel nacional o internacional»¹³.

⁷ Cf. DF 28.

⁸ DF 65.

⁹ Cf. DF 99.

¹⁰ Cf. DF 30.

¹¹ DF 32.

¹² Cf. DF 72.

¹³ DF 118.

El proceso sinodal ofrece la posibilidad de una renovación profunda en la Iglesia, también en la vida consagrada, porque es una llamada a la coherencia y a la autenticidad. Se trata de generar procesos de escucha y discernimiento orante, que nos lleven a una experiencia vivamente cristocéntrica y, por tanto, intensamente eclesial. Los cambios no se producen por arte de magia, ni las verdaderas transformaciones tienen lugar a golpe de ocurrencias geniales o por la presión de grupos ideológicos. Se generan desde la base y en la vida cotidiana, planteándonos con autenticidad y valentía qué quiere el Señor de nosotros hoy, en este momento de la historia, y buscando la respuesta desde la escucha al Espíritu, que habla en el pueblo de Dios, en la comunión que es la Iglesia. Se trata, por tanto, de priorizar los procesos frente a los eventos, siempre efímeros. La renovación se da solo en el seguimiento del Señor, es decir, «en el compromiso al servicio de su misión, en la búsqueda de los modos para serle fiel»¹⁴. Resuenan actualísimas las palabras del papa san Pablo VI a los consagrados: «Una pregunta apremiante nos abruma hoy; ¿cómo hacer penetrar el mensaje evangélico en la civilización de masas? ¿Cómo actuar a niveles donde se elabora una nueva cultura, donde se va creando un nuevo tipo de hombre, que cree no tener ya necesidad de redención? Estando todos llamados a la contemplación del misterio de la salvación, os dais cuenta del serio empeño que de tales interrogantes deriva para vuestras existencias y qué estímulo para vuestro celo apostólico»¹⁵.

El *Documento final* del Sínodo insiste en un concepto decisivo que enlaza todas sus partes: la conversión que, ya en el *Instrumentum laboris*, aparecía vinculada a la noción de reforma¹⁶. Esta necesaria respuesta voluntaria y liberadora a la llamada del Evangelio consiste en la renuncia a ser nuestro propio creador, a buscarnos únicamente a nosotros mismos y aceptar depender de Dios, del amor creativo, a entrar en el dominio del misterio desde la entrega confiada en la comunidad de la Iglesia¹⁷. En la realidad de la conversión elegimos la reciprocidad de amor, la disponibilidad total a dejarnos formar y guiar por la

¹⁴ DF 3.

¹⁵ SAN PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (29-6-1971) 52.

¹⁶ Cf. XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Cómo ser una Iglesia sinodal misionera. Instrumentum laboris para la segunda sesión, octubre de 2024* (IL), 8.19.86.

¹⁷ Cf. J. RATZINGER, *El camino pascual* (Madrid 1990) 25-27.

Verdad que no es una idea, sino una persona que nos conoce, llama y acompaña y a quien asumimos como referente primordial de nuestra existencia. Creo, sinceramente, que la conversión, más que un acto de fe, es una realidad de amor *caritas* (cf. 1 Cor 13,13). Solo desde esta experiencia de amor fundante y esencial, los consagrados podemos asumir la causa de Jesús, proseguir su proyecto, su realidad salvífica para la existencia propia y ajena. Y solo así encontramos el sentido, porque la referencia fundamental del cristianismo no es la fe en Dios, sino el amor: amor a Dios y amor al prójimo. En este contexto, *fe* no significa «creer en la existencia de Dios», sino «creer en el amor de Dios»¹⁸.

Ahora bien, san Agustín, con frase rotunda, advierte que «aunque se nos encarece en primer lugar el amor de Dios, por ser mayor, y luego el amor al prójimo, se comienza por el segundo para llegar al primero: pues si no amas al hermano, a quien ves, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves? (cf. 1 Jn 4,20)»¹⁹. De ahí que el cristiano, especialmente el consagrado, «sabe que no puede olvidar a los pobres, a los últimos, a los excluidos, a los que no conocen el amor y están sin esperanza, ni a los que no creen en Dios o no se reconocen en ninguna religión instituida. Los lleva al Señor en la oración y luego sale a su encuentro, con la creatividad y audacia que le inspira el Espíritu»²⁰. La misericordia, de la que tantos testimonios encontramos en los institutos de vida consagrada, no es una filantropía genérica, ni una mera compasión; consiste en encontrar a Jesucristo en la persona sufriente²¹. Y nuestra misión es la de curar a los heridos y fortalecer a los débiles (cf. Ez 34,16). Por eso, «la voluntad de escuchar a todos, especialmente a los pobres, que promueve el estilo de vida sinodal, contrasta fuertemente con un mundo en el que la concentración de poder excluye a los pobres, a los marginados y a las minorías. La concreción del proceso sinodal ha mostrado hasta qué punto la Iglesia misma necesita crecer en esta dimensión»²².

Mi experiencia, no solo en el Sínodo de los Obispos, sino en todo el proceso sinodal, a pesar de las dificultades, el cansancio, las resistencias al cambio, es la de haber vivido un auténtico *kairós*, una oportunidad

¹⁸ Cf. T. HALIK, *Quiero que seas. Sobre el Dios del amor* (Barcelona 2018) 47.

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón* 265,9.

²⁰ DF 153.

²¹ Cf. W. KASPER, *La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana* (Santander 2015) 149.

²² IL 20.

que el Señor nos ofrece, un regalo de su gracia. Se concreta ahora el anuncio del papa san Juan Pablo II²³ de que Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se advierte su comienzo. Lo peor que nos puede ocurrir —son palabras del papa Francisco— es caer en el «sueño del espíritu», es decir, dejar adormecer el corazón, anestesiar el alma, almacenar la esperanza en los rincones oscuros de la decepción, la resignación y, en ocasiones, la amargura. Por eso la tarea de los consagrados es la de «cultivar con alegría y humildad la pequeña semilla que se nos confía, con la paciencia de quien siembra sin esperar nada, y de quien sabe esperar los tiempos y las sorpresas de Dios»²⁴. A pesar de los límites, la aparente lentitud o la desigual implicación, la semilla sembrada ya está dando frutos. Se requiere humildad y paciencia. Y confiar en el Espíritu, que hace su obra. Como advertía el papa Francisco, tal vez nos falte hoy esta pequeña virtud humilde que es la esperanza. Tenemos versiones mundanas: el optimismo, el buen sentido... Pero no se trata de esto, sino de la esperanza, la más pequeña pero la más fuerte de las virtudes, la que no decepciona nunca²⁵. Seguimos haciendo camino, santo pueblo fiel de Dios, asumiendo con gratitud el Jubileo 2025. Mirar el futuro con esperanza equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás²⁶.

«Una llama temblorosa ha atravesado el espesor de los mundos.
Una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos.
Una llama ansiosa ha atravesado el espesor de las noches. [...]
Una llama inextinguible, inextinguible al soplo de la muerte. [...]
Esa pequeña esperanza que parece de nada.
Esa niñita pequeña.
Inmortal».

Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*.

✠ LUIS MARÍN DE SAN MARTÍN, OSA

²³ SAN JUAN PABLO II, carta encíclica *Redemptoris misio* (7-12-1990) 86.

²⁴ FRANCISCO, Homilía en la Misa con motivo de la XXVI Jornada Mundial de la Vida Consagrada (2-2-2024).

²⁵ Cf. FRANCISCO, *Discurso a la Asamblea General de la Unión de Superiores Mayores de Italia (USMI)* (13-4-2023).

²⁶ FRANCISCO, *Spes non confundit*. Bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025 (9-5-2024) 9.

Una esperanza realista y transformadora

Son tiempos para pasar por el corazón la canción de Fito Páez que expresa: «¿Quién dice que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón». Bellísima en la voz de Mercedes Sosa, su melodía recuerda que cuando los católicos andamos a vueltas con la esperanza en un mundo inundado de pérdida del sentido, llega el Señor y nos dice: «Ánimo, soy yo». Y este es el mayor don que recibimos: que Dios está en las noches oscuras, allí donde se reconoce con humildad que solo él es el dueño de la vida.

La vida consagrada sabe bien de la ofrenda del corazón. Cuántos hombres y mujeres a lo largo de la historia, de generación en generación, han dado lo poco o mucho que tenían en sus manos para que el Señor hiciera su obra a través de ellos. Cuántos han recordado cada día que la vida tiene sentido cuando él es el centro y cuando la mirada está puesta en los demás, en las necesidades más urgentes del mundo, en quienes han perdido la dignidad. Seguro que nos vienen a la memoria rostros de consagrados, con nombre y apellido, que nos han enseñado de la sencillez y el compromiso silencioso. Esas vidas entregadas gratuitamente son testimonio que hoy recogemos con agradecimiento y que nos invitan a todos a escuchar una melodía de esperanza. Suenan a búsqueda de Dios en el siglo XXI, suenan a transformación, suenan a realismo, a paso firme, a decisiones audaces, a acompañamiento, a comunión... Realmente este es el mejor momento para vivir, porque tenemos por delante el reto que es principio y fundamento: que la persona de hoy se encuentre con el Señor. ¿O no es a este reto al que hemos entregado la vida?

Entonces, no hay cabida para el lamento, sí para la confianza en que el Señor va caminando con su pueblo, que allí donde alguien sufre sale él con manos de médico, con oídos de quien sabe escuchar y acompañar, con pies de quien está dispuesto a sobrellevar junto a otros las cruces de cada día. No puede haber lamento, no podemos estar de brazos cruzados, sentados esperando a no se sabe qué... Algo funciona mal cuando todos andamos con prisa, sin mirarnos, sin escucharnos... Es preciso una esperanza que nos movilice y nos dé el aliento de la Vida.

La esperanza es realista

Si miramos el hoy con los ojos de hace cincuenta años la vida consagrada ha perdido fuerza, tiene menos empuje y sufre con desánimo la disminución. Mirar con realismo es ver quiénes somos hoy, cuántas somos, qué dice la sociología de los movimientos humanos, conocer más el mundo y escuchar con atención los gritos actuales. No se trata de no ver, no, se trata de simplemente constatar. Muchas veces los católicos vivimos de la utopía, de lo que todavía no es... pero ese todavía que no ha llegado podemos prepararlo sabiendo que al final todo está en manos del Señor. Por eso, el realismo no niega la realidad, sino que la mira con responsabilidad y concreta caminos posibles con los medios que posee. En la vida consagrada hacemos muy buenos diagnósticos de la situación pasada y actual; ahora estamos invitados a buscar caminos que nazcan de la escucha del Espíritu que llama a algo nuevo en el siglo XXI.

La esperanza es transformación

Por eso, no podemos continuar viviendo y funcionando como lo hemos hecho en tiempos pasados. La esperanza empuja a un camino de verdadera transformación interior, que sale de dentro, desestabiliza y crea algo nuevo y fresco. La transformación es más que el cambio. El cambio es externo, una nueva disposición de las cosas y, en algunas ocasiones, «una invitación a transformar».

Si cambiamos solo las cosas superficiales e ignoramos el trabajo más profundo, la vieja historia se mudará a un nuevo lugar. La llevamos con nosotros a nuestras nuevas relaciones, nuevos lugares de misión o nuevos lugares de vida. A lo largo de los años, nos hacemos prisioneros de estas viejas historias, viejas estructuras, viejas formas de pensar y formas de vida¹.

Estamos ante la encrucijada de gracia, un umbral entre lo que fue y lo que aún está por venir. Y es en esta situación, la actual y real, en la que surge la invitación profunda: elige la Vida para hacer luz a Cristo en nuestro mundo.

¹ T. DUNN: «Abrazar nuestra vulnerabilidad y su potencial transformador» (UISG, Roma 2022).

En este trabajo de transformación, Ted Dunn reconoce cinco elementos dinámicos: crear una nueva narrativa, recuperar la voz interior de todo lo que se vive, la conversión, el camino hacia una nueva forma de ser y la visión transformadora, que escucha los anhelos más profundos. ¿Cuál será el camino de transformación personal y comunitario que debemos hacer para que la persona de hoy conozca a Cristo?

La esperanza es paciencia

Para el papa Francisco, la esperanza va ligada a la paciencia:

Los seres humanos pacientes son tejedores de bien. Desean obstinadamente la paz, y aunque algunos tienen prisa y quisieran todo y todo ya, la paciencia tiene capacidad de espera. Incluso cuando muchos a su alrededor han sucumbido a la desilusión, quien está animado por la esperanza y es paciente es capaz de atravesar las noches más oscuras².

De ahí que la esperanza y la paciencia vayan juntas para que resurja la vida nueva.

La esperanza pasa por decisiones audaces

La paciencia no va reñida con la toma de decisiones audaces que faciliten esa transformación de la vida consagrada. Así, se hace necesario tener un ojo en la realidad y otro en el Señor, porque es urgente que nuestras instituciones respondan al mundo de hoy. Y para eso se necesitan personas que tomen decisiones con valentía para vivir en coherencia con la vocación a la que hemos sido llamados. Hay decisiones institucionales que tocan fuertemente a estructuras, estilos de gobierno y modos de proceder; decisiones difíciles que requieren participación y comunión para juntos servir mejor. ¿Acaso hay mayor motivación para esto de buscar y encontrar una respuesta eficaz para que los jóvenes de hoy recuperen el sentido de la vida?

De ahí que la esperanza, a veces un tanto desconocida, debe mirar al Señor y al mundo; al mundo y al Señor y así poder cantar con Fito Páez:

² FRANCISCO, Catequesis sobre la esperanza. Audiencia general (8-5-2024).

¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón.

Y te daré todo y me darás algo.
Algo que me alivie un poco más.

Cuando no haya nadie cerca o lejos.
Yo vengo a ofrecer mi corazón.

No será tan fácil, ya sé qué pasa,
no será tan simple como pensaba.

Hablo de países y de esperanza,
y hablo por la vida, hablo por la nada

Quién dijo que todo está perdido.
Yo vengo a ofrecer mi corazón.

Si la esperanza es realista, transformadora, paciente y pasa por decisiones audaces, entonces, necesitamos también lanzar la mirada al mundo para sembrar esa misma esperanza. En nuestros caminos, donde la tierra grita y las personas sufren por diferentes motivos, el Señor necesita manos para sembrar esperanza. Es la llamada: anunciar el Evangelio y denunciar las injusticias, con la dosis profética que tanto ha caracterizado a la vida consagrada.

Sabemos que la esperanza nos hace volar, conecta el pasado y el presente: Dios ha estado siempre con nosotros, nos ha acompañado y nos ha guiado, es el Dios fiel³. Sigue estando y actuando ayer, hoy y mañana. Si afinamos el oído y graduamos la mirada seguro que caminando por las calles de nuestros barrios, pueblos y ciudades podemos encontrar al Dios de Jesús que sigue habitando entre nosotros.

SILVIA ROZAS BARRERO, FI
Secretaria-adjunta CONFER

³ C. Ross: «Desafíos y proyectos de toda vida consagrada». Conferencia en el ITVR (Madrid 2022).

Caminamos juntos contagiando esperanza

No hace falta describir el panorama en que nos encontramos. Todos lo sabemos, pero en pocas palabras sería: envejecimiento de las comunidades, pérdida de identidad y sentido de misión, dificultades económicas, y en algunos casos también desvinculación con la sociedad actual, tensiones internas, falta de renovación, y casos de abusos. Pero el Documento final de del Sínodo de la Sinodalidad dice que la vida consagrada sigue desempeñando un papel profético tanto en la Iglesia como en la sociedad y que hemos desarrollado prácticas de sinodalidad y discernimiento en común, integrando dones individuales en una misión compartida, que somos espacios de intercambio intercultural, ofreciendo una visión profética para la Iglesia y el mundo (cf. *Documento final* del Sínodo de la Sinodalidad, 65). Entonces ¿por qué somos cada vez menos, por qué la falta de revitalización y esa desconexión con la sociedad actual? ¿Qué está pasando en la vida consagrada de España, de Europa? ¿Hemos dejado de ser significativos?

Tengo que confesar que para mí la participación en el Sínodo ha sido un aprendizaje de sinodalidad por inmersión, y veo el proceso sinodal como un revulsivo contra la monotonía, la desilusión y el ensimismamiento de la vida consagrada. En definitiva, una esperanza cristiana. Hoy no tengo la misma mirada que tenía antes del Sínodo y me encantaría que todos los hermanos y hermanas consagrados pudieran experimentar lo que es la sinodalidad. Pero para eso primero tenemos que despertar de nuestro letargo y comodidad. Imagina que duermes plácidamente, muy a gusto, y ha sonado una sirena potente, tú no la habías oído, otros ya se han puesto en pie, tú te despiertas de golpe, desorientado al principio, qué está pasando, empiezas a darte cuenta del momento y a reaccionar. La sirena no es agradable, pero es necesaria; interrumpe tu inercia para ponerte en acción, recordándote que algo importante requiere tu atención. Así son los «revulsivos» en la vida: incómodos, pero imprescindibles para salir del letargo y conectar con la realidad. Así es la sinodalidad.

Y despertar es tomar conciencia de que no es verdad que estemos suficientemente conectados con la sociedad, que nuestra pastoral ya no funciona porque los tiempos han cambiado, que ya no vale el «siempre

se ha hecho así», que no estamos viendo las verdaderas periferias de hoy, que no somos profetas de nada porque a la gente le importa muy poco lo que decimos o vivimos, que el mundo está ardiendo y nosotros seguimos tan a gusto, que no es cierto que he puesto todos mis talentos al servicio del Evangelio porque pienso demasiado en mí, en mis achaques, mis dolores, mis heridas pasadas, las injusticias presentes contra mí, mis ideologías no reconocidas, mi «cositas». Y quedó ya muy atrás aquel amor primero, que daba sentido a todo y me sacaba de mi ego. Que hoy mi vida no cuestiona, no atrae, no es signo de contradicción ni de un gran amor. Ha sonado la sirena, algunos ya están en marcha, ahora me toca decidir si me sumo o paso. De nada sirve tener propuestas sinodales si yo no tomo conciencia, pero quizás puedas ver los que ya están haciendo otros y te entren ganas. No hay excusas, la puerta siempre estará abierta, podemos caminar juntos.

¿Por qué necesitamos de la sinodalidad? Porque Dios nos llama a caminar juntos, porque la misión nos urge, porque nuestra comunión es signo del reino para este mundo. Y reconozcámoslo: no tenemos fuerzas para ir solos. Porque solo así seremos coherentes con nuestro bautismo. Somos relacionales fruto de la Trinidad, somos hijos de Dios llamados a caminar como pueblo, somos corresponsables de nuestros hermanos más pobres. Somos consagrados para ser espejos de Dios en este mundo herido. Somos peregrinos y sembradores de esperanza. Nuestro mundo necesita de esta luz, de esta música, de este actitud. Seamos lo que somos.

Vivir la sinodalidad en clave de esperanza nos hace aprender juntos a afrontar los desafíos actuales de la vida consagrada. Nos devuelve la ilusión del amor primero. Te dejo algunas pocas ideas de lo que algunos ya están haciendo:

1. **Fomentar la pastoral vocacional.** Invertir en programas dinámicos que promuevan el testimonio cercano y auténtico de la vida consagrada en medios digitales y presenciales, atrayendo a jóvenes con una propuesta significativa y actualizada. Sin personalismos, con nuevos formatos y con gran libertad interior.
2. **Intercongregacionalidad.** Impulsar la colaboración entre congregaciones para compartir recursos, proyectos y misiones,

creando planes y proyectos intercongregacionales que revitalicen la vida comunitaria. Supone el cambio de mentalidad de que todos trabajamos por el mismo reino.

3. **Integración de laicos en la misión.** Fortalecer el rol de los laicos en la vida consagrada, ofreciendo formación para que colaboren en las obras apostólicas y acompañen las comunidades envejecidas. No porque nosotros somos menos, sino porque valoramos su participación que nos enriquece a todos.
4. **Escucha activa y discernimiento comunitario.** Practicar una sinodalidad real, escuchando las necesidades de la sociedad y adaptando las misiones para responder a problemáticas actuales como la migración, la crisis ambiental y las guerras.
5. **Actualizar el lenguaje y los medios.** Usar estrategias actuales de comunicación para transmitir el mensaje de manera relevante y accesible, haciendo énfasis en temas que resuenen con los jóvenes y el público contemporáneo. Apostando por la misión digital como parte de la misión de la Iglesia a la que Jesús hoy nos llama.
6. **Presencia en las periferias.** Enfocar los esfuerzos misioneros hacia los lugares y personas más marginadas, mostrando que la vida consagrada es un testimonio vivo del Evangelio. No tener miedo a ser significativos e incluso en ocasiones a arriesgar literalmente la vida o la libertad por ser no gratos a los poderosos, lo mismo hizo Jesús.
7. **Formación permanente en clave sinodal.** Asegurar procesos formativos que renueven la vida espiritual y misionera de la congregación, conectándonos con los desafíos actuales. Una formación en sinodalidad para aprender este modo de ser Iglesia.
8. **Acompañamiento espiritual y psicológico.** Ofrecer apoyo integral para revitalizar la motivación y el sentido de misión en los miembros de la congregación, sin miedo a reconocer nuestra vulnerabilidad y asumir nuestras debilidades con fuerza sin perder el entusiasmo por Jesucristo y su Evangelio.

9. **Gestión colaborativa de recursos.** Implementar estrategias compartidas entre congregaciones para gestionar propiedades y obras, optimizando recursos y reduciendo costos. Con el respeto necesario de los distintos carismas y misiones. A veces con ayudas de terceros.
10. **Innovación en la sostenibilidad económica.** Desarrollar proyectos innovadores como iniciativas ecológicas, turismo religioso o servicios educativos y sociales adaptados al contexto actual. A nuevas realidades, nuevos proyectos.
11. **Prácticas sinodales internas.** Fomentar espacios de diálogo abierto entre generaciones y culturas dentro de las comunidades, para construir relaciones basadas en la comunión y el respeto mutuo que nos lleven a la corresponsabilidad en la misión que llevamos juntos.
12. **Renovación del liderazgo.** Formar líderes capaces de entender la autoridad como servicio y guiar procesos de cambio con esperanza y creatividad. Sin personalismos que arrasan y olvidan que no somos dueños de nadie ni siquiera de la misión.

Y todo esto en clave de esperanza dando testimonio profético que muestre con alegría y valentía que la vida consagrada sigue siendo relevante y transformadora en un mundo herido. Viviendo la interculturalidad como riqueza que aprovecha la diversidad cultural dentro de las comunidades para dar un testimonio de unidad y reconciliación ante esta polarización y las guerras. Y con confianza en el Espíritu Santo que nos hace reconocer que, incluso en los desafíos, sigue actuando para renovar la vida consagrada y hacerla fecunda.

Quiero terminar con una historia que perfectamente podría ser la tuya. Seguro que alguna vez habrás realizado alguna peregrinación a pie, quizás has hecho el Camino de Santiago... Imagina. Seguramente soñabas con el Camino desde hacía años. Cada piedra, cada sendero, te llamaban desde lejos, pero siempre había algo que te retenía. Un día, al fin, decidiste salir como deciden los valientes capaces de asumir los riesgos. Con una mochila ligera y un corazón pesado de preguntas, diste tu primer paso hacia lo desconocido.

El inicio fue genial, con el aire fresco acariciando tu rostro al amanecer y el sonido de tus botas sobre la tierra marcando el ritmo. Sin embargo, no tardaron en aparecer las cuestas empinadas, las ampollas en los pies y el sol abrasador. Cada noche, exhausto, te preguntabas si serías capaz de continuar. Pero al amanecer, el canto de los pájaros y el saludo de otros peregrinos te impulsaban a seguir adelante.

En el camino aprendiste a soltar. Dejaste atrás el peso de las cosas innecesarias y, con ellas, también algunas dudas. Escuchaste historias de otros caminantes, compartiste silencios, y recibiste palabras sabias de desconocidos que se convirtieron en compañeros del alma. El viento te hablaba de esperanza, y la lluvia te enseñó a aceptar lo que no podías cambiar.

Con cada paso, el cansancio se volvía lección, y el paisaje, recompensa. Hasta que un día, cuando tus fuerzas casi flaqueaban, viste las torres de la catedral alzarse a lo lejos. Allí, en la plaza del Obradoiro, dejaste caer tu mochila y, con ella, el peso del pasado. Tal vez rompiste a llorar mientras te arrodillabas, lleno de gratitud y plenitud. Solo quienes llegan conocen esa sensación.

Entendiste entonces que no era solo la meta lo que importaba, sino todo el camino que habías recorrido para llegar. Habías partido buscando respuestas y, sin darte cuenta, habías encontrado algo más grande: paz, fuerza, y un corazón renovado. Habías llegado. Y el sueño que tanto tiempo te había llamado, ahora vivía en ti.

La vida consagrada es como el peregrino que avanza con pasos firmes pero humildes, cargando en su mochila las promesas de su vocación y los retos del camino. En el polvo del sendero, donde los pies se cansan y las ampollas arden, aprende que la fuerza está en caminar juntos, en escuchar las historias de otros y en compartir el agua que refresca. Cada lluvia es un desafío, pero también una bendición que limpia el espíritu. Y en el horizonte, siempre brilla la esperanza, la certeza de que el destino no es solo un lugar, sino una comunión, una meta alcanzada no en soledad, sino en el abrazo de quienes han caminado a su lado. La sinodalidad se convierte en el arte de caminar juntos hacia el corazón de Dios, renovando el alma con cada paso, con parresía cristiana.

Solo así volveremos a ser significativos en este mundo, signos de Cristo y su reino hoy. Peregrinos y sembradores de esperanza.

XISKYA VALLADARES, RP

«Peregrinos y sembradores de esperanza»

En el contexto del año santo 2025, la Iglesia celebra el 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, la Jornada de la Vida Consagrada con el lema «Peregrinos y sembradores de esperanza».

Las consagradas y consagrados estamos en camino junto con todo el pueblo de Dios. El bautismo, como primer sacramento de la iniciación cristiana, nos pone en movimiento; y los consagrados vivimos nuestra especial consagración dentro de la consagración bautismal que compartimos con todos los cristianos. El camino al que nos abre el bautismo es un camino de peregrinación, es decir, un camino que supone búsqueda; búsqueda de Dios y de lo que él quiere para nosotros. La peregrinación supone también ir detrás de alguien, para un cristiano es seguir a Jesús. Peregrinar supone también normalmente andar con otros, acompañar, caminar juntos; es un ejercicio de sinodalidad. Peregrinar deriva etimológicamente del latín *per ager*, que significa «a través del campo», o *per eger*, que significa «cruce de frontera». Es, por tanto, una invitación a salir de la «comodidad y seguridad de la ciudad», a transitar por lugares desconocidos, a explorar nuevos caminos, a ser esa Iglesia en salida a la que nos anima el papa Francisco.

Nuestro caminar no es deambular sin rumbo y sin sentido. Siguiendo el lema propuesto por el papa para el jubileo, estamos invitados a caminar con la mirada puesta en el Señor, a esperar en él, sabiendo que «la esperanza no defrauda» (Rom 5,5). Los miembros de la vida consagrada estamos llamados a fortalecernos mutuamente en esa esperanza, que no es optimismo ingenuo ni cerrar los ojos a un mundo herido y muchas veces injusto, sino precisamente una ayuda segura para ponerse en pie y avanzar hacia el bien. Desde ahí estamos también llamados a ser sembradores de esperanza, a acompañar a otros y fortalecerlos en la esperanza, especialmente a los pobres, a los que sufren y a quienes no conocen la buena noticia.

Nuestra esperanza no se basa en nosotros mismos, ni en nuestras fuerzas, ni en nuestras capacidades. No se alimenta de nuestros proyectos ni de las posibilidades que tenemos para llevarlos adelante. La esperanza se fundamenta en el Señor, en su Palabra. Él es quien

nos ha llamado y nos sostiene en la fe y en el amor. No se trata de ser optimistas, sino esperanzados. Siguiendo al apóstol san Pablo, nuestra fuerza se basa en la debilidad (cf. 2 Cor 12,9-10). Basarnos en lo nuestro nos puede llevar a la euforia vacía cuando las cosas nos van bien o al derrotismo cuando no nos salen nuestros proyectos como queríamos. En este tiempo, en el que asistimos a un cambio de época más que a una época de cambios, los consagrados estamos llamados a afrontar el futuro sin miedo y a ser sembradores de esperanza, caminando con los demás miembros de la Iglesia, en medio de una humanidad que necesita elevar la mirada más allá de sí misma.

La vida y la misión no nos pertenecen, pertenecen a Dios. Vivir nuestro tiempo desde la dinámica de la Pascua se convierte en una oportunidad para testimoniar que el grano de trigo que cae en tierra y muere da mucho fruto (Jn 12,24-26). El Evangelio nos invita a interpretar el tiempo presente (cf. Lc 12,56) y nuestro tiempo nos ofrece la oportunidad de ser levadura en medio de la masa desde nuestra fragilidad y vulnerabilidad, siendo testigos de un Dios que supera todas nuestras capacidades, pero que se ha querido poner a nuestro nivel y habitar en nosotros por medio de su Espíritu.

Nuestro tiempo se caracteriza desde hace ya años por un aumento progresivo de la desvinculación y el individualismo. La pandemia del covid 19, que puso en evidencia la necesidad que tenemos de relación con nuestros familiares, amigos y vecinos, nos hizo pensar que quizás podíamos revertir fácilmente esta tendencia. Pero, pasada la pandemia, nuestra sociedad no ha cambiado mucho en este aspecto. Una prueba de ello es que muchas personas viven una soledad no deseada o sufren incomunicación. El encuentro con el otro, la fraternidad y la vida de comunidad son signos de esperanza frente a la desvinculación y el individualismo. La vinculación hace que sintamos a nuestro prójimo como un hermano y genera entre nosotros la cultura del cuidado. Es lo que mueve al buen samaritano a parar su marcha y entregarse al cuidado de quien yace malherido al borde del camino (Lc 10,33-35). Necesitamos ir hacia la sociedad de los cuidados y es motivo de esperanza ver a hermanas y hermanos vivir entregados al cuidado de sus hermanos, de los enfermos, de los pobres, de los que están solos y de los que sufren las consecuencias de la desvinculación y el individua-

lismo. La esperanza está en el desarrollo y cuidado de la comunidad, signo de fraternidad.

La esperanza se alimenta de la experiencia de Dios y tiene por meta a Dios mismo. Incluso cuando parece ocultarse o no vemos signos de su presencia o de su acción, es bueno mantener la esperanza en él, porque Dios nos sorprende con frecuencia. Dios es la esperanza de los pobres y nunca se olvida de ellos. Por eso, la caridad hacia los necesitados es camino de encuentro con Dios (Mt 25,35-40). Encontrarnos con los necesitados acrecienta la esperanza de los consagrados y, al mismo tiempo, nos hace sembradores de esperanza entre ellos.

Termino compartiendo mi agradecimiento por haber experimentado que los hermanos y hermanas con quienes comparto vocación y misión son para mí fuente de esperanza. Fortalecen mi esperanza muchos hermanos de edad avanzada que se sienten contentos por haber servido en su misión como consagrados y por seguir haciéndolo, que han perseverado a lo largo de los años, ofreciendo con alegría tanto sus fortalezas como su debilidad y dando testimonio de que, si el hacer puede ser importante, lo es mucho más el ser, el estar y el permanecer. Me ayuda y me da esperanza ver a consagrados de diversas edades que se entregan generosamente en la comunidad o en el trabajo apostólico, que no se miran a sí mismos, sino que buscan cómo servir más y mejor a los demás, que se entusiasman allá donde el Señor y la vida los han puesto. Tengo la dicha de poder decir que conozco a muchos hermanos así. Me ayuda y fortalece mi esperanza ver a hermanos jóvenes, que han tenido la valentía suficiente para decirle al Señor que quieren seguirle en la vida consagrada y que encuentran aquí un buen camino para entregarse a él y a la construcción de su reino.

El papa Francisco termina la bula de convocación del jubileo expresando un deseo y haciendo una invitación:

Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2 Pe 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor. Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para «cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (Sal 27,14) (*Spes non confundit*, 25).

Que las consagradas y consagrados nos sintamos contagiados de ese deseo y animados por la invitación del papa y así avancemos como peregrinos y sembradores de esperanza.

P. AURELIO CAYÓN DÍAZ, SS. CC.
Vicario episcopal para la Vida Consagrada
Arzobispado de Madrid

Quam dilecta... (Sal 83, Vulg.)

En el marco de las celebraciones de este año jubilar, se me invita como miembro de la vida monástica a compartir mi experiencia en torno a la vida contemplativa. Debo confesar, nada más empezar este testimonio, que el término «contemplativo» o la expresión «vida contemplativa» me dan mucho reparo, sobre todo cuando con ellos queremos referirnos a la vida de los solitarios o los religiosos que vivimos al resguardo de un monasterio, en una continua alternancia de oración y trabajo, en el seno de una comunidad. Y es que la contemplación no es propiedad exclusiva de los monjes y de las monjas; ni, mucho menos, por el hecho de vivir en un monasterio es ya uno un contemplativo. Mi testimonio, pues, quiere ser el de un cristiano que intenta vivir la vida monástica, deseando agradar a Dios.

Hace ya treinta años, el director de cine José Luis Garci nos regalaba *Canción de cuna* (1994), una bellísima película que tenía un monasterio de monjas como su principal escenario; sin duda, una de las películas que han tratado con mayor sensibilidad y respeto la vida de una clausura. En una de sus escenas, la hermana Marcela —una jovencísima Amparo Larrañaga— es acusada por su maestra a la reverenda madre de poseer un trocito de espejo, objeto impropio de una monja por inducir a la vanidad. A lo que la pobre novicia aducía que solo lo utilizaba para jugar con sus reflejos. La superiora adivina, recordando su propia experiencia, que con ese ingenuo juego la novicia solo desea atenuar la añoranza de libertad que siente entre los muros del monasterio. Para zanjar el asunto le prescribe rezar tres veces antes de irse a la cama el salmo *Quam dilecta*. Años más tarde, habiendo llegado aquella novicia a reverenda madre, volvió a suceder un caso similar, al que se volvió a prescribir la misma penitencia.

Como todos sabemos, el salmo que le mandó rezar la reverenda madre es el salmo 83 (Vulg.), «¡Qué deseables son tus moradas...!», un canto de peregrinación hacia el santuario de Jerusalén, que describe la nostalgia y el ansia por llegar al templo, lugar de la morada de Dios en medio de su pueblo. No deja de ser un hermoso poema sobre el deseo de solo Dios del corazón de un fiel creyente. Al prescribir su rezo, la reverenda madre, cargada de experiencia y sabiduría, no quería que su hija,

tentada por la nostalgia de la libertad que da el mundo, olvidara que la búsqueda de solo Dios y la comunión con él era lo más importante y valioso de su vida. Su corazón necesitaba ejercitar ese inefable deseo.

Y este es el deseo que cada día y a cada instante está llamado a fomentar todo creyente cristiano. En esta vida, donde somos peregrinos en tierra extranjera hacia la casa de Dios, caminamos siempre, sin distraernos demasiado y con una mochila ligera. Como el Nuevo Israel hacia la ciudad futura, peregrinamos llenos de ansias y alegría hacia el corazón de Dios. Es el caminar de la comunidad convocada por Dios y el caminar del corazón creyente hacia las profundidades de Dios, el caminar del Espíritu que aletea en la Iglesia y en el interior de cada uno. Y durante este caminar, con los ojos fijos en la meta, vamos sembrando la esperanza de que un mundo nuevo y mejor es posible, allá y acá (vv. 6-8).

Esta es la vida contemplativa. El cultivo ardiente del deseo de Dios, de solo Dios. El no cesar hasta poner a Dios en el centro de la vida, encontrándolo constantemente en lo profundo del corazón. Es el incansable diálogo de amor que quiere colocar a Dios en el sitio que le corresponde de nuestra existencia. Sin duda que esto es un don de Dios, pero un don que debemos merecer a fuerza de fomentar el deseo y de ir desechando lo que nos aparte de él. Es un camino de búsqueda de Dios, de su rostro. Un rostro que se nos antoja ciertamente desdibujado y escurridizo: «Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”. “Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro”» (Sal 26,8-9).

Y su rostro lo buscamos en Cristo: en el Cristo vivo y en los cristos nuestros hermanos. Pero esta búsqueda incesante no puede empezar en otro lugar que en su Palabra revelada, en los ratos especiales de oración y en la continua plegaria del corazón. Es allí, en el corazón, donde solo se revela Dios y vamos adquiriendo su mirada, su pensar, su sentir, su obrar. El contemplativo, dentro o fuera del monasterio, es el que ha adquirido la sabiduría de lo alto que solo elige hacer lo que sabe que agrada a Dios. Esa sabiduría que vive según el corazón de Dios y juzga el mundo. No son solo —parfraseando el salmo— los que viven en la casa de Dios (v. 5) sino los que encuentran la fuerza en Dios para el peregrinaje de esta vida, convirtiendo los áridos valles en oasis (vv. 6-7).

El contemplativo sabe dónde va y por dónde va. Pero mientras se dirige sin descanso hacia la meta, va sembrando. El contemplativo es el creyente de la siembra. Él abre el surco del tiempo de la espera con una siembra perseverante en esperanza, confiando en la gracia de Dios. Como Jesús, siembra la semilla del reino sin esperar cosechar más que sinsabores, ausencias y soledades. Jesús, el Sembrador, pide sembradores no cosechadores. Cuánto nos cuesta a los cristianos ejercitar la virtud de la confianza. Siendo la virtud fundamental del creyente es el ejercicio ascético que menos practicamos. Sabemos muy bien convocarnos, reunirnos, proyectar, activar empresas..., como si todo dependiera de nosotros, que decía santa Teresa. ¿Y confiar? «Tú eres mi confianza» (Sal 38,8). Los contemplativos nos enseñan a sembrar y a quedarnos aguardando en silencio. Y es aquí donde encuentran su dicha: «!Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que confía en ti!» (v. 13).

Ellos también nos dan la llamada de atención para que examinemos en qué terreno estamos sembrando y dónde gastamos nuestras energías, si a los pies de Jesús, como María de Betania, o en las cocinas de esta vida, alejándonos de él. «Marta, Marta, te afanas y preocupas por demasiadas cosas, solo se necesita una» (Lc 10,41-42). ¿Cuánto mal entendido ha suscitado la interpretación de este pasaje? Porque Jesús no reprueba la *actividad* de Marta, sino su *actitud* ante la vida. Jesús nos invita a no perder de vista el norte de nuestra entrega como creyentes, sea la actividad que desarrollemos: él. María es alabada por tener la auténtica *actitud* del creyente: «Sentada a los pies de Jesús, escuchaba su Palabra» (v. 39). Esta es la mejor parte, la única necesaria, el lote y la heredad del creyente, su copa de destino por la que cantamos con el salmista: «¡Me encanta mi heredad!» (Sal 15,5-6).

Pero, si estamos afanados en otras cosas, cómo podremos conservar la conciencia de su presencia y oír su Palabra. Y si no la oímos, cómo la entenderemos; y si no la entendemos, cómo la conoceremos y cómo la amaremos; y cómo entonces la transmitiremos. Ya decía san Jerónimo que quien desconoce las Escrituras desconoce a Cristo. ¿Y entonces? «Marta, Marta...». La experiencia de los años me dice que son tantas las cosas que nos pueden distraer. Y la mayoría de ellas nos las presentan bajo capa de bien: para la comunicación, la formación, las vocaciones, el progreso espiritual, la eficacia en el trabajo, la comunión, la sinodalidad... Pero, si somos veraces y auténticos con

nosotros mismos, reconoceremos cuánto tiempo nos hacen perder en vano. Cuando yo entré en la vida monástica —y no hace tanto de eso—, el contacto con el exterior estaba muy restringido. Ni radio ni tele, poco teléfono, algún periódico y del día anterior, una película por Navidad... Si tú no saltabas la tapia del monasterio y volvías al mundo, el mundo difícilmente entraba en el monasterio. El claustro era ese recinto heredado de la tradición que nos aseguraba un ámbito propicio para la contemplación. Y ahora, solo con darle a un botoncito tenemos el mundo entero en la pantalla del ordenador o en la del teléfono móvil. Y, así, es tan difícil alcanzar vida contemplativa. «Marta, Marta...».

Este es el mayor peligro de los que hemos optado por una búsqueda más incesante de Dios. Los cardos y los abrojos del terreno nos hacen perder una visión nítida de nuestra situación vital. Sin darnos cuenta, poco a poco, en nuestra entrega y trabajos continuos, siempre bien intencionados, quedamos sofocados y caminando por vericuetos apartados del camino recto hacia Dios (Lc 8,7).

El contemplativo ha escogido la gracia de preferir lo único necesario, la perla preciosa. El tesoro escondido se le ha descubierto y él lo ha vendido todo para poseerlo. Cada día se nos ofrece un libro, dulce al paladar pero ardoroso al estómago que nos enseña el contenido de nuestra profecía (Ap 10,10-11). Solo tenemos que pararnos, hacer silencio y dejar hablar su Palabra. Ahí se nos muestra su verdadero y original rostro. Pienso que solo bebiendo de este manantial divino podemos descubrir su rostro en los hombres y mujeres que cada día nos cruzamos en la vida. De lo contrario, corremos el riesgo de que, buscando el rostro de Dios, nos encontremos con nosotros mismos.

En esta línea, el mismo papa Francisco nos hacía caer en la cuenta, en su última encíclica *Sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesús, Dilixit nos*, que no debemos reemplazar el amor de Cristo por demasiadas cosas «que terminan ocupando el lugar de ese amor gratuito de Dios que libera, vivifica, alegra el corazón y alimenta las comunidades [...]. Solo su amor hará posible una humanidad nueva» (n. 219). Jesús hace una promesa muy clara y rotunda, que nos suele pasar desapercibida, a los que saben elegir la mejor parte: «No se la quitarán» (Lc 10,42).

Isaac de Nínive, para concluir, nos dejó escrito que el solitario establece su vida ante el rostro de Dios durante todas las horas, con la intención de sus pensamientos centrados en él y con su recuerdo guardado en el corazón. Por eso es «bandera de la esperanza de la Iglesia enclavada en el corazón de mundo» (*Discurso 11*). Porque con su vida de búsqueda incesante del rostro de Dios y mostrando una apacible belleza en todos los aspectos de su conducta, confiesa que hay una esperanza verdaderamente firme para los cristianos y toda la humanidad.

¡Hermano, hermana!, recemos cada noche antes de irnos a descansar el salmo *Quam dilecta*.

FRAY ANTONIO MANUEL PÉREZ
Monje cisterciense de Santa María de Huerta



PARA GUSTAR Y REFLEXIONAR...

«... Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, “puerta” de salvación» (cf. Jn10,7.9).

Bula de convocación del jubileo ordinario del año 2025
Spes non confundit, 1

Seis llamadas en un itinerario de 725 años

Desde que Bonifacio VIII convocó el primer jubileo en el año 1300, la vida de la Iglesia se ha visto afectada de un modo u otro por el ritmo de los años jubilares. A lo largo de los siglos, el jubileo ha sido un punto de encuentro donde han confluído, interactuando entre sí, al menos seis factores: elementos de índole religiosa y aspectos antropológicos, la sensibilidad popular y el escenario socio político y cultural, las categorías culturales y teológicas predominantes en las diversas épocas.

El habla coloquial asimila *jubileo* a tiempo de júbilo libre de obligaciones, de alegría prolongada con efectos perceptibles en la cotidianidad. El lenguaje bíblico va más allá, al referirse al jubileo como una oportunidad, un tiempo de gracia, un regalo divino pensado también para recomponer las relaciones sociales, devolviendo la dignidad a quienes la habían perdido. En ambos casos, es una iniciativa cuya mención genera positividad.

Cada jubileo ha dado una respuesta a las inquietudes de la Iglesia en un momento concreto, convirtiéndose en una propuesta renovadora a medio plazo. En el año jubilar de 2025, la Iglesia nos emplaza a aceptar una vez más este reto, en cuanto peregrinos de la «esperanza que no defrauda» (Rom 5,5).

Estas páginas presentan un recorrido en seis etapas que muestran cómo ha sido el itinerario jubilar en el tiempo. Cada etapa es una llamada y una invitación a establecer un diálogo entre el pasado, el presente y el futuro.

1. Llamada a la justicia y reparación

La irrupción del término *jubileo* en el lenguaje religioso se relaciona con la recomposición y recomprensión de su tiempo e historia que elaboró el pueblo hebreo al regresar del exilio babilónico. El libro del Levítico (25,8-14) describe con términos claros la génesis e institución de una nueva práctica religiosa —la jubilar— cargada de simbolismo. Cada siete semanas de años, o sea, cada 49 años, en el día de la expiación, debía

tocarse una trompeta fabricada con un cuerno de carnero —*yobel*— para inaugurar un año jubilar.

La normativa del Levítico confería carácter sagrado a dicho año quincuagésimo, otorgándole una viva y diversificada componente religiosa. Por un lado, emplazaba a los israelitas a intensificar la práctica religiosa y, por otro, subrayaba la índole social, en cierto modo revolucionaria, de la ocasión. Así pues, el jubileo era un tiempo que unía el culto divino con la liberación de los esclavos, la condonación de las deudas y la restitución de la propiedad a quienes la hubieran perdido. Tenía incluso una repercusión ecológica, pues los campos debían dejarse en barbecho, alimentándose exclusivamente de lo cultivado en anteriores cosechas. El jubileo no se reducía pues a una experiencia intimista, gratificante e individual, nacida de una sanación interior después de recibir el perdón de los pecados, sino que conllevaba una reconfiguración de las relaciones sociales, aplicando medidas concretas de indudable calado económico.

¿Se realizó en Israel este hermoso proyecto de alegría en el Señor, justicia social y cuidado de la tierra? La Biblia nunca dice con exactitud cómo y cuándo se celebró un jubileo de este tipo. Por ello, Juan Pablo II en la *Tertio millennio adveniente* afirma que en este caso los textos bíblicos expresan «más una esperanza que una concreta realización», un ideal más que una praxis¹. El autor sagrado describiría un ideal utópico en el que el «tiempo cronológico se quedaría a la espera de una espera»², a la vez que invitaba a cada israelita a ejercitarse en el tomar distancia del hacer y el tener, en un intento de anticipar los últimos tiempos.

2. Llamada al descanso sabático

La tradición del jubileo, recogida en el libro del Levítico, se completa con la del año sabático que aparece en el libro del Éxodo (23,10-11): cada siete años se interrumpe el ciclo de explotación de la tierra y con ello el de los trabajadores; los esclavos también se liberan cada siete

¹ https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1994/documents/hf_jpii_apl_19941110_tertio-millennio-adveniente.html. [n.13].

² A. MELLONI, *Il giubileo. Una storia* (Laterza, Roma-Bari 2015) 9.

años, no cada cincuenta, como proponía el Levítico (Ex 21,2-6). Según Gloria y Ross Kinsler, con la institución del año sabático, el autor del Éxodo estaría proponiendo a Israel que, una vez superada la esclavitud en Egipto, viviera de manera diferente en la tierra nueva, obtenida después del largo caminar por el desierto³.

La expresión cotidiana de todo ello sería la celebración del sábado, entendida como una especie de «jubileo» semanal (Ex 23,12). No se trataría de no trabajar e ir al culto; más bien, la llamada de Dios a guardar el sábado incluiría la propuesta de hacer justicia en todo momento. A todo ello subyace una comprensión del día de descanso como un intento de evitar la acumulación de bienes⁴. Conforme a esta interpretación, todo sábado ofrece una oportunidad de gracia que cada siete años se materializa en la convocatoria del año sabático.

Conviene también preguntar si se llegó a celebrar el año sabático. Algunos testimonios, entre los que destaca el de Flavio Josefo, atestiguan la existencia de esta práctica, otorgándole un sentido ascético que tenía repercusiones sociales concretas. Se trataba de un año en que se imponía el control de precios y se pactaba una contracción de las deudas⁵. Por consiguiente, el período sabático no careció de incidencia en la vida del pueblo, aunque no se practicara con la radicalidad deseable. Ahora bien, paradójicamente, el reposo de la tierra, el barbecho absoluto, implicó un período de escasez de algunos productos, con el resultante perjuicio para los menos favorecidos (cf. 1 Mac 6,49-54).

3. Llamada a un tiempo de gracia

Marcos afirma que las primeras palabras proferidas por Jesús en su predicación fueron «Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). El evangelista, en primera instancia, insiste en una transformación religiosa interior. Sin embargo, en el texto lucano, Jesús pronuncia su primer discurso en la sinagoga de Nazaret anunciando el comienzo del año de gracia de Señor, con la proclamación de la libertad para cautivos y oprimidos (Lc 4,18-19). Por consiguiente, en el principio de su

³ Cf. Citado por E. TÁMEZ, «El jubileo en la tradición judeocristiana», en *Concilium* 283 (1999) 778. [Vid. R. – G. KINSLER, *The Biblical Jubilee and the Struggle for Life* (Orbis Book, Maryknoll 1999) 72-80].

⁴ E. TÁMEZ, *ibid.*, 781-782

⁵ A MELLONI, *ibid.*, 7-9.

predicación, Jesús asume la tradición jubilar de su pueblo, proclamando proféticamente la irrupción del reino de Dios. Como afirma Elsa Támez, «no hay duda de la intención deliberada de Lucas de actualizar el jubileo con la llegada de Jesucristo»⁶.

En el Nuevo Testamento, el jubileo es pues el mismo Jesús, nuestra esperanza (1 Tim 1,1), la personificación de la gracia de Dios (Tit 2,11), cuya venida y predicación es presentada por los evangelistas como la buena nueva de salvación y liberación para los hombres de todo tiempo y lugar⁷. Esta constatación incide directamente en la práctica de la Iglesia, y explica en parte la ausencia durante doce siglos de la tradición judía del jubileo y del año sabático. En la lógica cristiana, ambos habrían sido llevados a su plenitud (y superados) en Cristo. Si la vivencia y la presentación del misterio de Cristo son el único y auténtico jubileo del Padre, si el año de gracia ya se ha realizado en Jesús, no haría falta redundar en elementos secundarios que pudieran ensombrecer la centralidad de Cristo.

Se comprende así que el perfil del jubileo romano, que pronto alcanzará repercusión eclesial, diste mucho del de su hermano mayor hebreo; y que, a la hora de desarrollar unas prácticas concretas, la expresión «año de gracia del Señor» adquiriera un contenido diverso. Por consiguiente, la convocatoria del primer jubileo del año 1300 revestirá unas connotaciones religiosas muy diferentes de las indicadas en las escrituras hebreas y en la literalidad de la tradición lucana, subrayando otros aspectos. En los albores del siglo XIV, cuando se echan los cimientos de la tradición jubilar católica, se enfatizan cuatro elementos ausentes en ambos testamentos⁸. Veamos cuáles son:

- a. La peregrinación y la visita a las basílicas romanas a las que se accede por la Puerta Santa.
- b. El culto a las abundantes reliquias del Señor conservadas en la *Città eterna*.
- c. La centralidad romana de la Iglesia católica, con el deseo explícito de aglutinar a los creyentes en torno a la devoción a la tumba

⁶ E. TÁMEZ, *ibid.*, 777-778.

⁷ Cf. J. DE LAS HERAS, *Breve historia de los jubileos romanos* (BAC, Madrid 2016) 5-6.

⁸ Cf. *ibid.*, 7-8.

del apóstol Pedro, de quien el papa es sucesor. La Iglesia convirtió paulatinamente el jubileo en un instrumento vital y experiencial para expresar su unidad.

- d. La insistencia en lucrar la indulgencia plenaria durante el año jubilar; es decir, en alcanzar el perdón personal y la gracia salvífica a través de la plegaria, el compromiso de conversión, la visita a las basílicas y la confesión sacramental.

Estos cuatro elementos interaccionan entre sí como ejes articuladores de una fenomenología explícita que, con el paso del tiempo, otorgó al jubileo romano sus rasgos de identidad propia. En dichos rasgos se condensan, de manera paradójica, la riqueza y la miseria de la práctica jubilar.

4. Llamada a hacerse peregrinos

Desde el punto de vista histórico, jubileo y peregrinación son dos términos íntimamente relacionados. Los peregrinos ya abundaban siglos antes de que Bonifacio VIII convocara el primer jubileo romano. Peregrinar nunca ha sido un gesto privado de significado o un mero viajar con motivaciones religiosas. Luigi Maria Epicoco afirma que la vida puede definirse como cambio constante y el ser humano suele tomar conciencia de ello cuando se autopercibe como ser-en-camino. Antropológicamente hablando, la persona se experimenta peregrina, avanzando en un tiempo que no se detiene y a través de un espacio que continuamente varía⁹. La peregrinación es pues una acción que implica un movimiento cualitativo; y, en consecuencia, es vivida por el creyente como una práctica motivadora que lo obliga a salir de sí, poniéndolo en contacto con el resto de la realidad.

El peregrino no camina al azar; se desplaza conscientemente hacia un lugar de revelación, que lo atrae con fuerza y lo centra (hace girar) en torno a la divinidad. El camino se convierte así en un viaje iniciático, de transformación interior, que involucra todo el ser. Asimismo, las duras condiciones en que se realiza la peregrinación propiamente dicha ponen de manifiesto la correlación entre el duro sendero de la vida y la ardua travesía en pos del santuario.

⁹ Cf. L. M. EPICOCO, *La scelta di Enea. Per una fenomenologia del presente* (Rizzoli, Milano 2021) 19.

La peregrinación es también en un espacio de encuentro con los coreligionarios. En ella se entremezclan los niveles personal y colectivo en la búsqueda del misterio. Es además un acontecimiento festivo, una manera gozosa de purificarse, que provoca un doble júbilo: el de alcanzar, ver y tocar el lugar santo, y el de celebrar y compartir con el resto de los peregrinos la alegría de llegar a la meta. Esta compleja constelación simbólica se expresa en signos elocuentes, como la ritualidad que acompaña a la proximidad física del lugar sagrado, la repetición buscada del paso de la/s puerta/s santa/s y la visita a las basílicas, el recorrido de las siete iglesias, la celebración eucarística compartida e incluso el ambiente que se respira en las calles de la ciudad.

Al creyente de hoy, protagonista de una historia que genera desencanto, se le propone un jubileo hecho a la medida de su sensibilidad. Por ello, la celebración del 2025 lo invita a tomar conciencia de su condición de caminante en la oscuridad que necesita dar sentido a su errar incierto, experimentándose a sí mismo como un «peregrino de esperanza».

5. Llamada a sanar la memoria

El último jubileo ordinario, el del año 2000, fue definido como un «ejercicio de memoria»¹⁰. La misma Iglesia dio un paso histórico, al presentarse no solo como una institución autorizada en nombre de Dios para administrar e impartir la gracia de la indulgencia, sino también como una peregrina de la historia: una penitente más que pedía perdón pública e institucionalmente por los errores y pecados cometidos en sus veinte siglos de existencia. El primer paso se dio al publicar en 1994 la carta programática del gran jubileo: *Tertio millennio adveniente*. En su número 33, Juan Pablo II reconocía que «en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, [a veces la Iglesia había dado] el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de *antitestimonio* y de *escándalo*»¹¹.

El 12 de marzo del 2000, primer domingo de Cuaresma, el pontífice presidió la Jornada del Perdón¹². En la preparación de dicho evento

¹⁰ J. LÓPEZ MARTÍN, *Jubileo 2000, un ejercicio de memoria* (BAC, Madrid 1998).

¹¹ SAN JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 33.

¹² www.vatican.va/jubilee_2000/jubilevents/events_day_pardon_sp.html

trabajó largamente la Comisión Teológica Internacional, plasmando sus conclusiones en un documento titulado *Memoria y reconciliación. La Iglesia y las culpas del pasado*¹³. La motivación de fondo era la de aprovechar la gracia del jubileo para efectuar una «purificación de la memoria».

En la mencionada Jornada, el papa confesó públicamente siete culpas de la Iglesia por las que pedía perdón: a) los pecados en general; b) las culpas al servicio de la verdad; c) los pecados que han comprometido la unidad del Cuerpo de Cristo; d) las culpas en relación con Israel; e) las culpas cometidas en comportamientos contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y las religiones; f) los pecados que han herido la dignidad de la mujer y la unidad del género humano; y g) los pecados en el campo de los derechos fundamentales de la persona¹⁴.

Con la purificación de la memoria, el jubileo romano recuperaba en parte su sentido bíblico original: el de la reparación de situaciones concretas de injusticia. Al declarar públicamente el pecado institucional de la Iglesia, Juan Pablo II cambiaba las coordenadas más bien individualistas de la celebración jubilar durante 700 años y se hacía eco de las voces críticas que pedían dar una orientación más bíblica a la celebración. El santo papa iniciaba una nueva etapa en la historia jubilar.

6. Llamada a peregrinar en esperanza

La tradición jubilar ha reforzado en los dos últimos siglos su índole religiosa y su carácter espiritual, con el fin de contrarrestar el avance del laicismo en el mundo occidental y fortalecer la presencia visible de la Iglesia en una sociedad en ebullición religiosa. A partir del siglo xx, cada jubileo ha brindado también la ocasión de mostrar el perfil de un catolicismo plural, universal y sinodal, todavía influyente en el mundo de hoy. Por todo ello, la cita jubilar conlleva una invitación a intensificar la misión, proponiendo a cada comunidad cristiana que en su corazón encuentren eco «los «gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias» (GS 1) de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

¹³ www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_200003_07_memory-reconc-itc_sp.html

¹⁴ www.vatican.va/news_services/liturgy/documents/ns_lit_doc_20000312_prayer-day-pardon_sp.html

El jubileo de 2025 se celebra en una época de confluencias paradójicas. Veamos algunas de ellas: a) la obligación de ser felices confluye con el consumo de fármacos para soportar la ansiedad y la zozobra; b) las iniciativas solidarias se codean con el egoísmo narcisista; c) las catástrofes climáticas y los escenarios apocalípticos comparten espacio informativo con propuestas de ocio sin límites y con una cierta banalización crónica de la existencia; la insistencia en crear una cultura del cuidado, en humanizar, en respetar la dignidad de cada persona se confronta a diario con las guerras cronificadas, las migraciones de seres cuyo rostro no importa y la justificación sibilina del descarte de seres humanos débiles y desprotegidos; y e) los avances de la investigación científica para mejorar la vida de la humanidad convergen con la progresiva concentración del poder y la riqueza en pocas manos, que dirigen dicha investigación y acaparan los beneficios¹⁵.

La situación de nuestro mundo supone por tanto una erosión continua del sentido de la vida, que hace entendible la crisis de esperanza por la que atraviesa la humanidad. En este contexto, el papa Francisco —como al inicio de la historia sagrada propuso el Señor al patriarca Abraham— pide que el año jubilar se convierta en el inicio de un viaje; en una peregrinación, material y simbólica hacia la esperanza que no defrauda, la que nos brinda Cristo, la que él mismo es¹⁶. Por consiguiente, lucrar la indulgencia, recibir la gracia jubilar, no consiste hoy en satisfacer unas pocas normas religiosas, sino en atreverse a confiar, saliendo del mundo cerrado de la ceguera personal y colectiva para correr el riesgo de anclarse en Dios. Solo así será posible sintonizar con la propuesta original del libro de Levítico, recuperando «la confianza necesaria en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de la persona humana y en el respeto de la creación»¹⁷.

¹⁵ Desde un punto de vista laico, reflexiona sobre todo ello: BYUNG-CHUL HAN, *El espíritu de la esperanza* (Herder, Barcelona 2024).

¹⁶ https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html

¹⁷ FRANCISCO, *Spes non confundit*, 25.

Algunos interrogantes

1. ¿Cuál de estas seis llamadas sientes con mayor intensidad a las puertas del año jubilar? ¿Cómo expresarla comunitariamente?
2. Como pueblo de Dios, somos invitados a renovar continuamente nuestro camino de fe desde las circunstancias que vivimos. ¿Qué elementos de nuestra realidad actual reclaman de nosotros un crecimiento en la fe y la esperanza?
3. Ponerse en camino con esperanza exige movimiento. ¿Qué movimientos, qué cambios crees que debe hacer una comunidad de personas consagradas para vivir con intensidad la gracia jubilar?
4. ¿Qué propuestas de «sanación de memoria» crees que debe hoy llevar a cabo la vida consagrada?
5. ¿Qué caminos de esperanza descubres en la sinodalidad y en otras iniciativas eclesiales contemporáneas al jubileo?

ANTONIO BELLELLA, CMF
ITVR – Madrid

ORACIÓN DEL JUBILEO

Padre que estás en el cielo,
la *fe* que nos has donado en
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de *caridad*
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del jubileo
reavive en nosotros, *peregrinos de esperanza*,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Franciscus

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

